



CAPITULO XXXIX.

Cómo se ganan las Presidencias.

ADELA Rincón, la hija de don Alejo Rincón, no era completamente hermosa en la extensión que tiene la palabra; pero era graciosa, agradable al oírla hablar por su timbre de voz cadencioso, tenía unos ojos garzos muy expresivos, bonitos dientes, y sobre todo, un soberbio cuerpo que medía más de siete cuartas con leve cintura y anchas caderas, que era lo que más encantaba al abogado Domingo Benavides, hombre práctico y positivista.

Adela Rincón, además, no era una muchacha adocenada, sino que había recibido una regular educación y había cultivado las relaciones de personas distinguidas, por cuya razón conocía el trato social y solía ser notada por sus felices ocurrencias. No era una joven muy instrui-

da, ni de talento colosal, pero tenía las perspicacias y las circunstancias que reúnen en lo general las personas cuidadosamente educadas. Había tenido buenos maestros y había sabido aprovechar las lecciones con aplicación.

Mientras ella pasaba algo de los veinte años, su novio el abogado había llegado á los treinta.

No necesitamos detenernos en las particularidades del noviazgo. El señor Rincón había tenido algunos asuntos litigiosos; le había sacado de ellos con buen éxito el letrado y de allí intimaron relaciones que se habían ido estrechando de tal modo entre las dos familias, que casi se consideraban como una sola, sin que ninguna de las dos hiciera nada sin que la otra lo supiera, marchando las dos y enteniéndose al unísono hasta en algunas particularidades que fueran muy propias de alguna de ellas. Habiendo tal intimidad, siendo Benavides joven, de buena presencia y de talento, y Adela guapa y llena de atractivos tenía que suceder, y sucedió, que á fuerza de verse se quisieron y á fuerza de quererse se entendieron, sin que de pronto hubiera para ello ninguna dificultad: sólo cuando las opiniones de partido empezaron á ser exaltadas, cuando el otro Rincón y su mujer, que eran muy clericales, empezaron á observar que Benavides simpatizaba con los liberales, empezó también éste á caer de su gracia y le fueron hostiles. De pronto, con indirectas algo inofensivas, con trabajos muy velados en el seno de la familia de don Alejo, con algunas palabras de doble intención que dejaban caer como al descuido en los oídos de la joven; pero ya al observar que el noviazgo iba tomando un aspecto formal, la oposición se volvió más acentuada, y de las escaramuzas, se pasaron á verdaderas batallas como la siguiente:

Un día del mes de Mayo de 1860, que era precisa-

mente cuando el bando conservador estaba más apurado porque no sabía ya de dónde sacar dinero, ni cómo componérselas con tantas partidas de liberales más ó menos numerosas que surgían por todas partes, y cuando la retirada inoportuna de Veracruz había hecho cundir el desconcierto, Benavides se había permitido soltar esta frase en presencia de todas las personas de la casa reunidas en la sala de Rincón el comerciante:

—Pues ahora sí el clero no sigue aflojando los cordones de la bolsa, lo mejor que pueden hacer Miramón y los suyos es retirarse, una vez que no pueden con la situación. El país les agradecería mucho que le devolvieran su tranquilidad.

Por supuesto hubo enérgicas protestas de parte de Amparo y Néstor Rincón; y Benavides, lo que consideró más prudente, fué retirarse con sus hermanas, fingiendo cualquier pretexto, para evitar una discusión desagradable.

Pero de esta retirada se aprovecharon luego Néstor y Amparo. El primero dijo:

—Este abogadillo no considera que yo formo parte de la administración.

—¡Tiene una lengua! exclamó la segunda.

Adela salió á su defensa diciendo:

—Domingo no hace más que repetir lo que dice todo el mundo en México. No hay quien no crea que la guerra que se está haciendo al gobierno legítimo de Juárez, es una guerra absurda.

—¡Vamos! ¡vamos! interrumpió doña Refugio queriendo apaciguar los ánimos.

—Lo que yo veo con dolor, dijo doña Amparo, es

que el abogado está infiltrando sus ideas perniciosas á esta criatura.

—Francamente, continuó diciendo Néstor, la presencia tan frecuente aquí de Benavides, es muy perjudicial.

—¡Oh! es mi abogado, y además es mi amigo íntimo, dijo el comerciante.

—Dios quiera que no te hayas echado una víbora en el seno, exclamó Amparo.

—¿Por qué?

—Porque nadie de nosotros es ciego para no comprender que Benavides es novio de Adela, y ¡qué desgracia que se fuera á introducir en nuestra familia! exclamó doña Amparo con chocante vehemencia.

—Pues de hecho está introducido en nuestra familia, contestó con calma don Alejo, una vez que ve ésta como su casa.

—Como amigo es una cosa, pero como marido de Adela es otra cosa muy diferente. Las cosas claras: á mí no me gusta Benavides para Adela porque es irreligioso, porque es liberal.

—Hasta hoy, que yo sepa, vive independiente de la política, tornó á contestar don Alejo.

—¿Pero no lo oyen hablar? ¿No estuvo aquí hace poco vociferando contra Miramón y su partido?

—No ha vociferado, ha emitido una sencilla opinión.

—¡Ah! pues si lo defiendes, quiere decir que estás por el haro.

—No estoy por el haro, soy justo.

—¿Pero qué haces si te pide la mano de Adela? le preguntó su hermano.

—No sé. . . si ella quiere. . . Domingo es un hombre honrado, es trabajador, tiene una posición. . .

—Pero sus ideas difieren de las nuestras.

—Yo no tengo ideas. . . yo reniego de todos los que luchan, porque con la guerra perjudican mis intereses.

Como Adela tomó el partido de salirse luego que vió la cuestión tan empeñada, Amparo se aprovechó para decir:

—Ya que la sobrina no está presente, tengo que manifestarte que Néstor y yo consideramos como una inmensa desgracia que ella se esté impresionando con el abogado, y opinamos porque se ponga algún remedio á ese mal, ahora que todavía es tiempo.

—Sí, continuó diciendo Néstor, ¿qué dirían todas nuestras relaciones en México cuando vieran que Adela se casaba con un descamisado? ¿quién concurriría á la boda?

Alejo Rincón y su mujer se quedaron un momento pensativos, hasta que ésta última dijo:

—No hay nada serio todavía, y aun dudo de que Benavides se haya declarado; pero ofrecemos á ustedes meditar en lo que han dicho, y tomar las providencias que el caso exija.

Ante aquella promesa Néstor y Amparo se despidieron, y se fueron á su casa muy satisfechos de la bomba que habían hecho estallar en la sala del comerciante.

Los hechos vinieron á confirmar las opiniones que apenas había exbosado Domingo Benavides en la pequeña reunión, pues al día siguiente aparecieron unos carteles en las esquinas, en que se leía con estupor por el público una especie de decreto de Zuloaga, declarando que volvía á tomar á su cargo la Presidencia.

—¡Cómo! decían los montones de curiosos que se estacionaban en las esquinas ante aquel impreso, pues ¿y Miramón?

—¿No ven ustedes? Es destituido del cargo.

—Ahora tendremos dos Presidentes.

—Miramón era el que debía dar el decreto llamando á Zuloaga.

—Pero es que Zuloaga reasume su soberanía.

—Yo no entiendo esto.

—Ni yo tampoco.

Ni nadie podía entender lo que pasaba, porque si Miramón quería que Zuloaga fuera el Presidente, ¿por qué no lo decía? y si Zuloaga obraba por su cuenta, era necesario suponerlo loco, una vez que no tenía de su parte ni la fuerza ni la opinión.

Cuando llegó á Palacio aquella inesperada noticia, el mismo Miramón dijo al que se la comunicó:

—No lo creo.

Fué necesario que le llevaran uno de aquellos impresos para que se convenciera.

Entonces, fuera de sí, pidió su kepí y su espada, y sin permitir que nadie lo acompañara, se dirigió á la casa de Zuloaga, dando sólo estas órdenes á sus ayudantes al ir bajando las escaleras:

—¡Que se forme toda la guarnición en el Paseo para pasarle revista!

Zuloaga estaba en su casa rodeado de varios amigos, quienes al ver á Miramón trataron de escurrirse ó de procurar que se abriera la tierra para que se los tragara.

—Quietos, señores, les dijo Miramón, sólo vengo á invitar al general Zuloaga para que me acompañe á pasar revista á las tropas.

—En ese caso, dijo el general Mora, nosotros podemos retirarnos.

—Los que tengan caballo listo pueden acompañarnos también, contestó Miramón.

Y luego, dirigiéndose á Zuloaga, le dijo con sorna:

—Señor Presidente, mande usted ensillar luego, pero inmediatamente, para que se venga conmigo.

—¿A dónde? preguntó Zuloaga casi sin aliento.

—Ya lo dije: á pasar revista á las tropas de su Excelencia.

Zuloaga dijo al ayudante que mandara ensillar los caballos, é invitó á Miramón á que se sentara y le preguntó si quería tomar alguna cosa.

—No tomo nada, contestó Miramón, porque ya me desayuné, ni tampoco me siento.

Y empezó á dar vueltas frenéticamente por la sala.

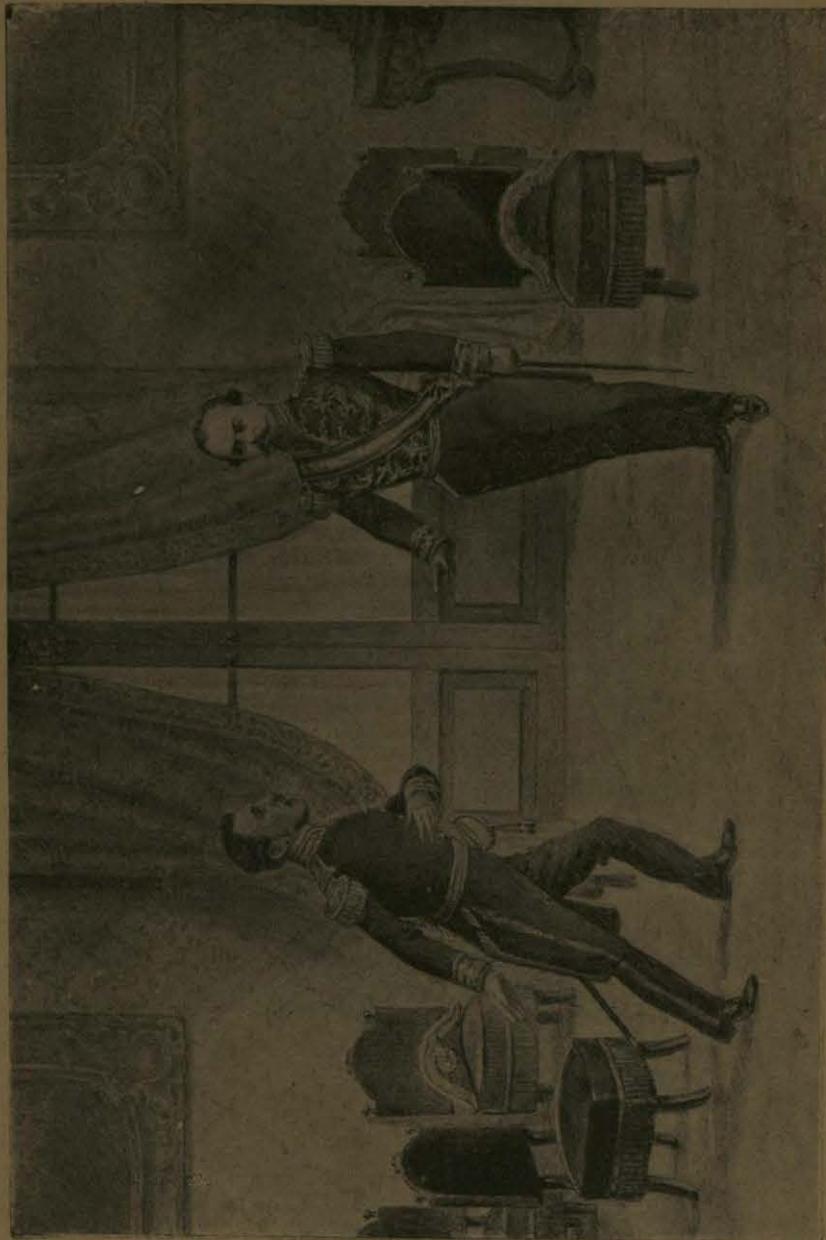
Algunos jefes hicieron ademán de querer despedirse.

—Nadie se mueva, les gritó casi Miramón, quiero que se sepa por todo el mundo que he estado aquí en el foco de la misma conspiración sin tener miedo.

—Aquí no hay conspiración ninguna, señor general Miramón, murmuró Zuloaga, aquí todos somos amigos y correligionarios.

—Bueno, bueno. Diga usted que ensillen aprisa, y á ver si puede usted proporcionar caballos á todos estos señores.

De los ocho ó diez que estaban allí, sólo tres estuvieron listos y más dos ayudantes de Zuloaga. Como en tanto había llegado el Estado Mayor de Miramón, más de veinte personas juntas se dirigieron en tropel al Paseo, en donde estaban ya formándose los ocho mil hombres de la guarnición.



—Mande usted ensillar luego, pero inmediatamente para que se venga conmigo.

Todos los jefes se acercaron á hacer honores militares á Miramón, sin fijarse casi en Zuloaga, que iba formando parte de su acompañamiento.

Luego que comenzó la revista, dijo Miramón en voz alta á Zuloaga en presencia de un gran número de personas, para que fuera mayor la humillación:

—¿Ve usted todas estas tropas, general Zuloaga? Pues con estas tropas mías, que las he formado con grandes esfuerzos, con éstas tropas mías, repito, voy á enseñar á usted cómo se ganan las Presidencias.

El ex-Presidente quiso dar algunas explicaciones sobre su conducta: deseaba manifestar que aquel aviso imprudente había sido inspirado, más bien exigido por los partidarios impacientes, quienes le habían hecho creer que Miramón se alegraría de soltar aquella carga tan pesada.

Pero éste le cortó la palabra volviendo á repetirle:

—Con estas tropas voy á enseñar á usted cómo se ganan las Presidencias.

Y después de la revista le significó que quedaba á su lado como su prisionero, como incrustado en su Estado Mayor, aunque sin ningún cargo militar: un *attaché*, ó discípulo, ó cualquier cosa, sin otra obligación que la de no separársele.

Por de pronto, los oficiales que presenciaron la escena, sólo dejaron oír algunos murmullos de sorpresa; pero cuando estuvieron libres de la presencia de los dos Presidentes, se rieron á carcajadas, principalmente recordando la cara que había puesto el pobre hombre Zuloaga.

Las tropas, después de la revista, se pusieron en marcha para el Interior; pero los dos Presidentes sólo debían partir con su acompañamiento después de la siesta, por cuyo motivo el pobre Zuloaga tuvo aún que

sufrir una nueva humillación. En vez de comer en la mesa del general Miramón, comió con sus ayudantes, es decir, ni siquiera comió, pues en aquella vez con lo que le había pasado, no tenía ningún apetito.

Los caudillos del retroceso salieron, pues, de la Capital aquella tarde, y mientras se hacían comentarios allí, y los diplomáticos se reunían para convenir en que no había gobierno con quien entenderse, los primeros hacían sus jornadas tranquilamente, estableciéndose por fin con un numeroso ejército en Irapuato, para acudir sin demora á donde los llamaran los acontecimientos.

Por aquellas fechas ya los liberales que continuaban moviéndose con una actividad vertiginosa, habían formado tres centros de fuerza, á cual más considerable: uno al mando de Uraga, que maniobraba en el Bajío, y era el que se encontraba más inmediato á Miramón; otro al mando de González Ortega, que se extendía de Zacatecas á Durango, y otro en el Sur de Jalisco al mando del general Ogazón, que estaba aproximándose muy amenazador á la ciudad de Guadalajara.

Ninguno de los tres estaba en condiciones de cruzar las armas con Miramón, que llevaba consigo las mejores tropas y la mejor artillería con que contaba la reacción; pero unidos, era probable que lo hubieran derrotado. La dificultad estaba en que pudieran verificar tal reunión, no tanto porque se opusiera á ella el enemigo, que por lo general estaba en poco número encerrado en las poblaciones, cuanto porque no había aún ninguno entre ellos que fuera reconocido como general en jefe. Así fué como Uraga, en vez de llamar á González Ortega para librar batalla en cualquier punto del Bajío, se dirigió á marchas forzadas para Guadalajara, con el propósito loco, según

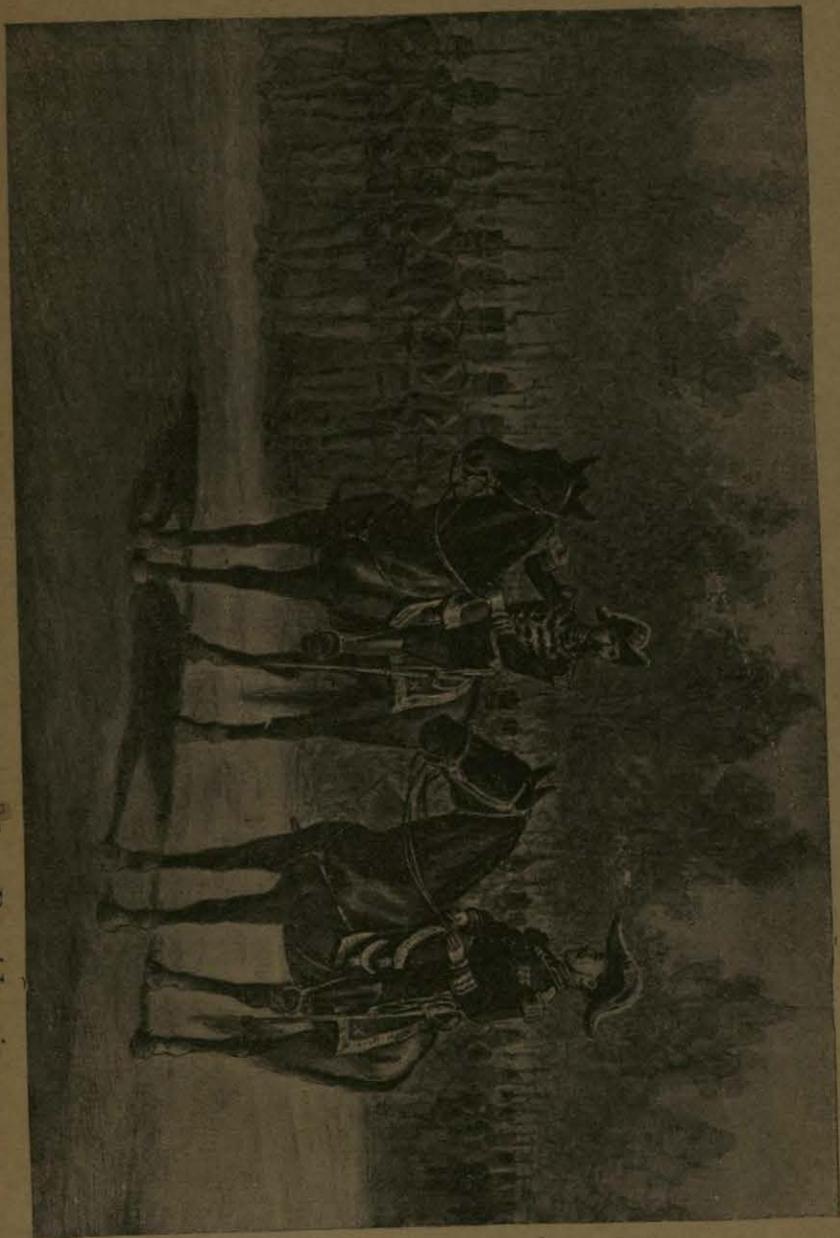
unos, de atacar una ciudad fortificada, que no podría tomar en veinticuatro horas, puesto que Miramón marchaba atrás de él para auxiliarla, y según otros, como una manobra hábil y atrevida que, lograda en todas sus partes, daría al traste de un solo golpe con la reacción.

El hecho fué que Uraga, no obstante que fué ayudado eficazmente por Ogazón, fracasó en Guadalajara, no sólo por haber sido rechazados sus ataques por los mil quinientos hombres que mandaba Woll, sino por haber caído herido y prisionero.

Los liberales entonces no tuvieron otro recurso que retirarse á gran prisa para las escabrosidades del Sur.

Entonces, cuando Miramón alistó sus tropas para emprender la ya tantas veces conocida y llevada á buen término campaña del Sur, fué cuando volvió á decir á Zuolaga:

—Ahora, ahora es cuando va usted á aprender cómo se ganan las Presidencias.



Miramón enseñando á Zuolaga á ganar las Presidencias.



CAPITULO XL.

Eclipse del astro.

AUNQUE el numeroso ejército que se puso á las órdenes del general Uraga para atacar á la capital de Jalisco, defendida por una corta guarnición que mandaba Woll, jefe entendido y valiente, y que sabía además que Miramón venía picando la retaguardia de los liberales, aunque aquel numeroso ejército que pasaba de catorce mil hombres, repetimos, no fué derrotado sino puramente rechazado, las pérdidas fueron enormes por haber caído heridos el general en jefe, el general Leandro Valle y algunos otros, y por haber muerto el general Contreras Medellín, gobernador de Colima, y los valientes coroneles Langlois, Bravo, Avila y más de trescientos oficiales y soldados; y por tal motivo la retirada se hizo ineludible.

Los defensores de la plaza también tuvieron más de ochenta hombres fuera de combate, entre ellos varios je-

fes que quedaron muertos, y el mismo general Woll que fué herido, aunque no de mucha gravedad.

Debemos agregar que el combate del 24 de Mayo en Guadalajara, fué uno de los más sangrientos, de los más tenaces, de los más terribles: presenciado por el autor de este libro con la curiosidad de un adolescente que nada quería dejar de ver, puede recordar ahora que desde la llegada de las tropas se inició con un ruido ensordecedor por el rodar de tantos cañones, por el tropel de los cuerpos de caballería que cruzaban las calles, de los jefes con sus estados mayores que atravesaban las boca-calles al galope, y sobre todo, por el tronar de más de cien bocas de fuego que incesantemente estuvieron lanzando proyectiles, los sitiados sobre los sitiadores y los sitiadores sobre los sitiados, con una rabia, con un apresuramiento, con una tenacidad, que no parecía sino que lo que más se quería era ver cuál aniquilaba á su contrario primero.

Después del cañoneo terrible que duró más de una hora, sin que se interrumpiera un instante, cañoneo que no tenía más objeto visible que aturdir, que causar intimidación y espanto, porque sólo se tiraban á la ventura, á los edificios diera donde diera, al aventón, sin abrir brechas ni desmontar cañones, las columnas fueron lanzadas en plena luz del día, presentándose á pecho descubierto ante las fortificaciones, sin otra perspectiva más que la muerte, como si algún genio del mal hubiera gritado á todos aquellos grupos inconscientes: ¡Vayan, vayan todos á que los maten!

Todavía hay quien recuerde que por una de las calles cercanas al templo de Santo Domingo, apareció la columna que mandaba el joven general Leandro Valle: á su lado iban Adolfo Lancaster Jones, Lauro Angulo y otros

jóvenes pertenecientes á familias distinguidas de Guadalajara.

Intrépidos todos de ordinario, en esa vez se conocía que se adelantaban también con su valor acostumbrado, pero llevando en su misma serenidad las señales de la resignación, porque ninguno dejaba de comprender que marchaba sólo al sacrificio estéril, porque tenían que ser barridos, como lo fueron á los pocos minutos, por unos cuantos botes de metralla.

En suma, fué aquella una de las impericias militares más sensibles de tantas cuantas hubo en aquella época, sensible no solamente porque costó muchas vidas preciosas, sino porque fué llevada á efecto por uno de los generales de mayor prestigio.

Por fortuna para las tropas liberales y para la causa de la Constitución, la falta del general Uruga fué bien suplida por el general Zaragoza, que apenas empezaba á dar á conocer sus altos vuelos, y este jefe, que unía á su modestia republicana, serenidad de ánimo, prudencia y dón de mando, ordenó una retirada en regla, que no fué una huida en masa como otras veces, sino una verdadera retirada con el orden de un ejército observante de la disciplina, pudiéndose lograr que fuera de las vidas ya sacrificadas, no se perdiera una sola carga de parque.

Miramón llegó el día siguiente de la hecatombe, y tras él llegaron sus seis mil hombres flamantes, que desde su salida de México no habían tenido ningún encuentro desagradable, y dejando en la plaza una guarnición suficiente, se apresuró á salir con unos siete mil soldados y con un gran número de piezas de artillería, con la seguridad de hacer morder el polvo una vez más á un enemigo que consideraba iba huyendo completamente desmoraliza-

do después de su derrota; pero al llegar á Sayula, tuvo el disgusto de saber que tal enemigo lo estaba esperando allí mismo á una media jornada, en la cuesta, camino para Zapotlán, en cuya cuesta había tomado muy regulares posiciones.

Aquí le pasó á Miramón lo mismo que le había pasado en Veracruz: su actividad natural, su carácter violento, tuvieron que doblegarse ante las dificultades materiales, y con asombro de todos se puso á meditar con calma lo que debía de hacer, cuando se convenció en dos ó tres reconocimientos de que las posiciones del enemigo eran formidables.

Ya estaba al frente de los liberales un hombre que sabía lo que traía entre manos. Este calculó muy bien que era imprudente, que era desacertado, que era locura correr á guarecerse en las barrancas de Atenquique y el Platanar, ó en los vericuetos de la Albarrada ó San Joaquín, para maltratar sus tropas, su parque y su artillería, y verse obligado á sostener combates con soldados faltos de moral por las frecuentes retiradas, prefiriendo esperar á pié firme en el primer lugar que le pareció conveniente.

Miramón, que era sagaz, comprendió que tenía al frente un militar entendido, y no quiso aventurar ninguno de sus golpes audaces. ¿Para qué? ¿Para verse cuando menos rechazado con pérdidas, de aquellas ventajosas posiciones que había tomado el enemigo? Entonces pensó: «ya bajará: viendo que no se le ataca, se engreirá con su superioridad y tendrá que venir á buscarme. Hay allí más tropas, más cañones y buen número de jefes valientes. Ellos vendrán á buscarme.»

Entonces se puso á esperar y esperó diez días; pero Zaragoza también era listo, y pensó á su vez: «quiere

Miramón que bajemos á batirlo; pero no haremos tal, porque despues de nuestro descalabro de Guadalajara, no estamos en condiciones de hacer tentativas peligrosas. Es verdad que tenemos la ventaja de contar más hombres y más bocas de fuego; pero Miramón tiene allí los más fogueados cuerpos de su brillante ejército. No caeremos en la tentación; ó que nos ataque él ó que se vaya.»

Y sucedió lo último: Miramón tuvo que retirarse de Sayula, como se dice vulgarmente, con la cola entre las piernas, y lo que es más, perseguido por una infinidad de guerrillas que le perdieron el respeto, y entre ellas la de Adrián Canales, que llevó su audacia hasta atravesar de un lado á otro por el centro de la columna tacubayista, ó conservadora ó clerical, como se llamaba entonces á los que componian la legión sagrada de Miramón.

Es cierto que Adrián no pescó lo que quería pescar, que era al mismo Miramón, que decía iba precisamente en el centro de la columna; pero sí dejó asombrados á todos con su temeridad, y no sufrió su fuerza daño alguno, merced á la sorpresa, á lo impetuoso y repentino de su aparición, así como á la velocidad de los caballos que no dejaron entre los soldados de la columna más que nubes de polvo. Cuando los infantes atropellados recibieron orden de hacer fuego, ya la guerrilla se había perdido de vista entre los matorrales.

Otro guerrillero que había hecho fortuna, que andaba en visperas de ser nombrado general de Brigada, si no lo había sido ya en esas fechas, Antotónio Rojas, había hecho por Tepic una expedición de las más felices; sostuvo varios combates con fuerzas de Lozada, saliendo siempre victorioso, y últimamente había derrotado y muerto al general Calatayud, uno de los jefes importantes de la reacción

en Santiago Ixcuintla. Le había hecho muchos muertos y prisioneros y le había quitado seis piezas de artillería desde el 9 de Mayo, noticia desagradable para Miramón y los suyos, que la recibieron cuando estaban en Sayula. Pero más desagradables aún fueron otras dos noticias: una, que el principal servicio que había hecho Rojas á los liberales, era entretener á Lozada y sus tropas, mientras pasaban unos cinco mil hombres que mandaban como contingente para la campaña del Interior los Estados de Sonora y Sinaloa, y la otra noticia, que Rojas acababa de aparecer en Zacoalco con más de dos mil hombres, y que no solamente amenazaba al ejército reaccionario de ponerlo en una situación difícil, entre dos fuegos, sino apoderarse de una conducta de caudales que iba custodiando con quinientos hombres el general Prudencio Romero.

Esta fué la disculpa principal que dió Miramón para hacer una retirada al frente del enemigo que nadie se esperaba, conocida como era su audacia y su valentía; y el *Diario Oficial* la elogió calurosamente, calificándola como el mayor acto de prudencia que podía darse en aquellas circunstancias; pero los conservadores sensatos, que después de todo siempre ha habido algunos, aunque en escaso número, se hicieron en seguida estas reflexiones: ya son dos retiradas, una al frente de Veracruz y otra al frente de la cuesta de Sayula: las dos retiradas las ha verificado el caudillo que tenemos y con el ejército casi entero de que se puede disponer. Los de Veracruz no se han quedado con los brazos cruzados, lo mismo que no se quedarán sin emprender nada los de Sayula; y entonces, si Miramón no destruye ese enemigo y lo deja robustecerse tanto en Veracruz como en el Sur de Jalisco, pues entonces ¿para qué sirven Miramón y su brillante ejército? Si

en esta vez, después del fracaso de los liberales sufrido ante los muros de Guadalajara, en que perdieron á su general en jefe y á muchos de sus mejores oficiales y su moral, Miramón no puede atacarlos en la cuesta de Sayula, ¿con qué los derrotará cuando se les reunan los de Rojas y los que vienen de Sinaloa y tal vez los que trae González Ortega de Durango y Zacatecas? ¿Qué hará Miramón con sus seis mil hombres cuando le tomen á Guadalajara y se le presenten al frente de la Capital veinte ó treinta mil hombres armados?

Esto discurrían los personajes sensatos del partido conservador: los que no lo eran tanto como Zuloaga, se contentaban con murmurar y es fama que este dijo muy *soto vocce* á algunos oficiales de su confianza:

—Pues no he aprendido nada de lo que me quería enseñar Miramón.

El día 3 de Agosto se fugó Zuloaga del lado de Miramón, desesperado de que nada le enseñara.

Apenas siete días después se presentó una oportunidad, pero fué más desgraciada aún que la de Jalisco.

He aquí lo que había pasado. Miramón salió de Guadalajara despidiéndose con una proclama, y se situó en Lagos con un brillante ejército para acudir con él á donde fuera necesario.

Zaragoza se movió sobre Guadalajara, y don Severo del Castillo, que mandaba en la plaza, se propuso resistirlo; pero aquel dejó á Ogazón con seis mil hombres, y él con otros tantos tomó el rumbo de Oriente y fué á incorporarse con González Ortega en Silao. Allí era, pues, donde estaba el mayor núcleo de liberales, y allí fué á donde se encaminó Miramón con la fé que tenía en su estrella y en sus buenos oficiales y tropa; pero ya se encon-

tró con otros jefes diferentes de los que antes había vencido y con otros soldados de mejor organización y más disciplina.

En la madrugada del día 1º de Agosto se empeñó la batalla en Calpulalpan, una batalla terrible, porque era de vida ó de muerte para los beligerantes, y Miramón, por la primera vez, quedó completamente derrotado, perdiendo todos sus trenes y quedando deshecho todo su ejército.

Al llegar á México pocos días después, pues que corrió hacia allá desesperado y con un pequeño séquito, su entrada no se pareció á las anteriores. . . . todavía en un entierro puede verse mayor alegría.

El día 14, una comisión compuesta de los señores Zagaceta, Zárate, Mora y Villamil, Arriola y Campos, fueron á notificarle que había sido nombrado Presidente interino por la junta de notables, en lugar de Zuloaga.

Miramón murmuró entre dientes:

—*¡Tarde piace!*

